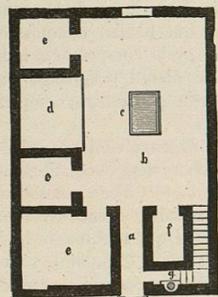


á su cargo el ejercicio de la jurisdicción, desde los ediles que debían resolver las contiendas suscitadas por las transacciones de los mercados, hasta los jueces que habían de conocer de los negocios civiles en las municipalidades que gozaban de los derechos pasivos de ciudadanía, y en las que, dotadas de todos los derechos, se encontraban lejos de Roma, conociendo de ellos como prefectos enviados anualmente por el pretor. Debemos hacer notar que en las causas criminales, la antigua instancia de gracia ante el tribunal del pueblo fué trasformándose en apelación jurídica, en la cual, siguiendo la costumbre característica de los romanos, no podía suavizarse la sentencia dictada por un funcionario, y solo cabía aceptarla ó rechazarla en absoluto. La práctica hizo que el ciudadano romano pudiese evitar las consecuencias eventuales de una sentencia dictada



contra su persona, desterrándose voluntariamente y renunciando al derecho de ciudadanía. En los procesos civiles, cuando no se trataba de asesinato ó de incendio, pero sí de crímenes cometidos contra los conciudadanos, un magistrato



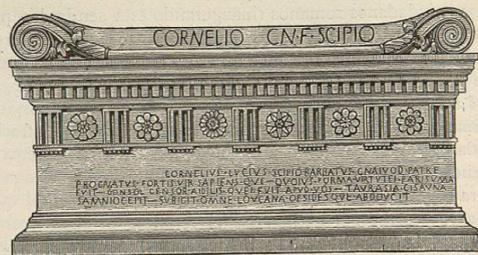
Loba de bronce (Capitolio)

do conocía de todo el procedimiento legal y de la cuestión de derecho, dictando la sentencia en la cuestión de hecho un particular cualquiera nombrado por los magistrados.

Los romanos, al ver el incremento que tomaba su Estado, comenzaron á pensar en el embellecimiento y mejora de su capital, y, siguiendo el ejemplo de Apio Claudio, que había iniciado la era de las grandes construcciones de interés público, se dió comienzo á fines del siglo cuarto á la construcción de nuevos templos.

(1) a, entrada.—b, atrio.—c, impluvium.—d, sala.—e e, cuartos que comunican con el atrio por angostas puertas.—f, cuarto pequeño.—g, escalera que conduce á una habitación superior.

Desde el año 284, según se cree, comenzó en Roma la construcción de techos con tablillas. La fortaleza y el foro se llenaron de estatuas de los hombres más célebres del tiempo pasado y de trofeos de las grandes guerras itálicas, mereciendo ser citada entre otras la colosal de Júpiter que, emplazada en el Capitolio, se distinguía desde la montaña albana: el cónsul Spurio Carvilio la mandó fundir en 293



Sepulcro de Escipion Barbato

con el material del armamento cogido á los samnitas derrotados en Aquilonia. Tres años antes, es decir, en 296, los ediles Cneo y Quinto Ogulnio mandaron colocar junto á la higuera ruminal (2), aquella obra de arte que aun hoy hermosa el moderno Capitolio, la célebre loba de bronce, debida, no se sabe si á un artista etrusco ó á un artista latino.

Poco á poco se fué notando en aquella época que el helenismo, cuya victoriosa expedición á Oriente conocemos, se iba extendiendo considerablemente por Italia. En Roma ya se habían introducido divinidades helénicas y pronto se aceptó su culto; así aconteció con el Apolo delfico, con Afrodita (295), parecida á la Venus romana, y con el dios de la salud Asclepios (Esculapio) que fué importado en 291 de Epidaurio. El conocimiento del idioma griego se había generalizado entre los romanos y especialmente entre sus hombres de Estado, y las costumbres helénicas iban tomando carta de naturaleza en la vida romana. Entre otras, podemos citar la de las inscripciones puestas en las tumbas en honor de los difuntos: el ejemplo más antiguo que de ellas tenemos es la esculpida en el sepulcro de Lucio Cornelio Escipion, cónsul en 298, y uno de los héroes menos conocidos de la guerra samnita. En un hermoso sarcófago de estilo dórico se encuentra la siguiente inscripción, escrita en versos satúrnicos, es decir, en el ritmo rudo itálico que fué después sustituido por el dulce metro griego:

«Cornelio Lucio—Escipion Barbato
Hijo del padre Cneo—hombre tan sabio como valiente
De buena figura—de virtud purísima
Fué cónsul censor entre—vosotros, también edil:
Taurasia y Cisauna—conquistó en el Samnio
Sojuzgó la Lucania—y se llevó rehenes.»

(2) Higuera ruminal era aquella á cuyo pié suponían los romanos que una loba había servido de nodriza á Rómulo y Remo. (N. del T.)

CAPÍTULO II

GUERRA CON TARENTO. UNIDAD DE ITALIA

I. Nueva guerra celta. Guerra con Tarento.—II. Pirro en favor de los tarentinos. Pirro vencedor en Siris. Perseverancia de los romanos. Apio Claudio.—III. Campañas de Pirro. Victoria de los romanos en Benevento.—IV. Caída de Tarento. Introducción de la moneda de plata en Roma. La unidad de Italia.

I. — NUEVA GUERRA CELTA. GUERRA CON TARENTO

Entre tanto, debían los romanos aprender á conocer bajo otro concepto á los griegos, y habían de verse precisados á destruir por medio de las armas, y con grandes esfuerzos, los trabajos que la diplomacia y las armas griegas llevaban realizados contra la consolidación de la supremacía itálica de Roma. Ya desde el año 290 existía en Italia una potencia que había visto con malos ojos la sumisión de los pueblos itálicos á la hegemonía romana, y que se aprestaba á destruir el edificio, sólido sí, pero que no tenía la cohesión interior necesaria que solo podía alcanzarse con el tiempo. Nos referimos á Tarento, cuya rica y activa democracia, ya por estar ocupada con el comercio lucanio y siracusano, ya por tener que atender ante todo á sus intereses materiales, ya desgraciadamente por estar harto dada á la molición y á los placeres, no había podido evitar la derrota de los samnitas, á pesar de poseer, además de una fuerte escuadra, 30,000 infantes y 3,000 caballos que ciertamente no podían compararse con los veteranos de Roma. Con todo, cuando en 289 fué asesinado el temido Agatocles, príncipe de Siracusa, cuyo esplendor ya había comenzado á decaer, y cuando los tarentinos vieron levantarse muy cerca de ellos la imponente fortaleza de Venusia, comenzaron á crear dificultades á los romanos antes de que el conflicto fuera inevitable para su ciudad, y antes de verse precisados á reconocer á Roma, como hizo Nápoles en 396, ó á sostener largas y sangrientas luchas. Tarento era demasiado poderosa, su pasado demasiado brillante, el odio mercantil y el desprecio que profesaban á los bárbaros del Tíber demasiado grandes, para que los hombres de Estado de esta parte de los itálicos, con muy pocas excepciones, pensasen en abandonar pacíficamente sus derechos en pro de los romanos, es decir en ingresar en la alianza de Roma. La unidad de Italia bajo la supremacía romana parecía á aquellos griegos un absurdo; por esto trataron de impedir á los romanos la segura consolidación de su soberanía, comenzando entonces un juego de intrigas diplomáticas tan interesantes como contraproducentes. Y decimos contraproducentes, porque el demos de Tarento no tenía la intención de entrar con todas sus fuerzas en una lucha contra los romanos, sino de hacer prosperar sus negocios y continuar su vida de placeres; en una palabra, no quería romper abiertamente con Roma. Por esto pensó, antes de comenzar la guerra con esta potencia, en atraerse á sus filas, como mercenarios y tropas de avanzadas, á algunas tribus itálicas que, como los celtas y los lucanios, habían vertido su sangre por mil heridas. Pero la iniciativa de Tarento fué seguida con demasiado ardor por los muchos pueblos de Italia que por fuerza se habían sometido al yugo de Roma.

Los primeros aliados que encontraron los tarentinos fue-

ron sus antiguos enemigos, los lucanios: estos sabelios, que hasta entonces se habían mostrado adictos á los romanos, después de la muerte de Agatocles y con el auxilio de los brucios, procuraron apoderarse de las ciudades griegas que todavía conservaban su independencia dentro de la península brucia. Turios, que se encontraba en una situación desesperada, solicitó el auxilio de la ciudad del Tíber y se puso bajo la soberanía y amparo del pueblo romano: Roma, que poseía ya á Venusia, y que consideraba más importante á Turios que la dudosa amistad de los lucanios, envió á la primera una guarnición é intimó á los segundos que desistiesen de atacar esta ciudad. Los lucanios, presa de indescriptible furor, contestaron aliándose con Tarento, promoviendo en Italia una inusitada agitación contra Roma, reteniendo durante algún tiempo como prisionero á Cayo Fabricio Luscino, emisario que en 285 les había enviado Roma para firmar la paz, y aprestándose á proseguir con mayor saña la guerra contra Turios.

Al propio tiempo, los manejos de los tarentinos promovieron una agitación al Norte de la península. Los rasenas del Oeste, del Sur y del Sudoeste, á cuyo frente se encontraban los de Vulsinio, se mostraron prontos á levantarse contra Roma y reclutaron con éxito grandes masas de soldados celtas. Los senones especialmente, á pesar de haber firmado la paz con los romanos, ardían en deseos de vengar las pérdidas sufridas en la derrota de Sentinum. Cuando en 284 atacaron la ciudad de Arecio, que se había mantenido fiel á los romanos, enviaron estos á su socorro un ejército de 20,000 hombres, mandados por el pretor L. Cecilio Metelo. Pero no pudo salvar la ciudad, la cual quedó totalmente destruida, pereciendo en la lucha el mismo Metelo con 13,000 de sus hombres, y cayendo prisioneros la mayor parte de los demás.

Esta espantosa derrota causó en Roma profunda sensación, despertándose de nuevo el terror que inspiraban los celtas, y regocijó en gran manera á los enemigos de los romanos. Pasáronse en su consecuencia los umbríos y las fuertes tropas libres de los samnitas al campo de los adversarios de la ciudad soberana del Tíber. Tarento, sin embargo, en vez de entrar con todas sus fuerzas en la lucha, miró tranquilamente cómo los romanos se reponían de su terror y se vengaban enérgicamente de los celtas. M. Curio Dentato, que, como tribuno consular y en sustitución del infortunado Metelo, pasó á Etruria con nuevas tropas, exigió de los senones, por medio de los feciales, que le dieran cuenta del quebrantamiento del tratado de paz. El joven caudillo Britomaris, cuyo padre había perecido en Etruria, mandó, en su sed de venganza, asesinar á los sacerdotes emisarios de los romanos y dispersar los miembros de sus mutilados cuerpos. Al tener noticia de este hecho, que aconteció en 283, el cónsul Publio Cornelio Dolabela dió la vuelta hácia el Nordeste de Etruria, y preci-

pitándose sobre los desprevenidos senones, en su propia comarca vengó la matanza de los feciales, pasando á sangre y fuego cuanto encontró á su paso y destruyendo por completo la serie de ciudades que se extendían desde Ancona hasta Ariminum (Rimini). Todo el pueblo de los senones fué expulsado, con desesperada energía, de esta comarca que, desde entonces, fué un nuevo punto de colonización romano latina. La terrible noticia de lo que acontecía á los senones intimidó de tal manera á sus vecinos los boyos, celtas también, que se apresuraron á poner en pié de guerra á todo su ejército y, atravesando los Apeninos, se juntaron en Aretio con los rasenas y senones para marchar unidos hácia Roma. La estrella de los celtas, sin embargo, comenzaba entonces á eclipsarse: los cónsules romanos Dolabela y Cneo Domitio se encontraron, al Sur de Etruria y cerca del lago Vadimon, con las columnas enemigas, en el momento en que estas se preparaban á cruzar la orilla izquierda del Tíber, y lograron derrotarlas por completo. Las aguas del Tíber arrastraron al mar Tirreno gran número de celtas que perecieron en la batalla, y las últimas fuerzas de los boyos quedaron destruidas despues, en el año 282, á consecuencia de la victoria sobre ellas conseguida por el cónsul Q. Emilio Papo en Populonia. Los celtas se vieron obligados á hacer la paz; tuvieron que permanecer tranquilos durante 45 años; no pudieron oponer obstáculos á la unidad de Italia bajo la soberanía romana, y muchos de ellos marcharon á engrosar las filas de sus compañeros de raza que en los siguientes años llevaron la muerte y la destrucción desde la Panonia y la Dalmacia á la península de los Balkanes. Los romanos habían comenzado en 283 á poblar la inculta comarca de los senones y despues fundaron en ella una fuerte colonia de ciudadanos que se llamó Sena Galica (Sinigaglia).

Derrotados los celtas, la atención se fijó de nuevo en los acontecimientos que pasaban al Sur de Italia. La lucha en Etruria continuó durante mucho tiempo encarnizada, pero sin accidentes notables: la de Lucania y el Brucio, en cambio, inspiraba mas interés. En cuanto la victoria conseguida en el lago Vadimon hubo libertado á Roma del peligro que por parte de los celtas la amenazaba, pudo el cónsul Fabricio (282) dirigirse hácia el Sur, en donde, despues de derrotar á los lucanios y brucios, mandados por Stenio Statilio, logró hacer levantar el sitio de Turios, cuya situación era ya desesperada. Este hecho trajo consigo el ingreso en la alianza de las ciudades griegas meridionales de Crotona, Locri epicefria y Reggio.

El temor y la cólera de los tarentinos fueron grandes al ver destruida de tal manera la coalición que con su diplomacia habían conseguido formar. Solo algunos rasenas, samnitas, lucanios y brucios prosiguieron la lucha: la misma Tarento se vió perdida desde el momento en que la bandera romana ondeó en Sena y en Turios, porque se hallaba casi circuida por los romanos. El furor y la angustia que tal estado de cosas le inspiraban, fué lo que indujo al demos de Tarento á destruir, durante el otoño del año 282, la escuadrilla del almirante romano Lucio Valerio, que dirigiéndose á Sena, junto al Adriático, y contra lo dispuesto en el tratado de 304 ó 303, había doblado el cabo Lacinio creyendo locamente que podría penetrar sin cuidado en el puerto de Tarento. Los caudillos del partido guerrero de la griega metrópoli indujeron al pueblo á que, rompiendo abiertamente con Roma, se precipitase durante el invierno de 282 á 281 sobre Turios, arrojase de ella á la guarnición y al partido romanos, y saquease la ciudad. Así comenzó la guerra entre Roma y Tarento, y ya sabemos que los caudillos de la democracia tarentina se aliaron con el rey Pirro del Epiro para obtener su apoyo contra los romanos. Como estos no deseaban tener

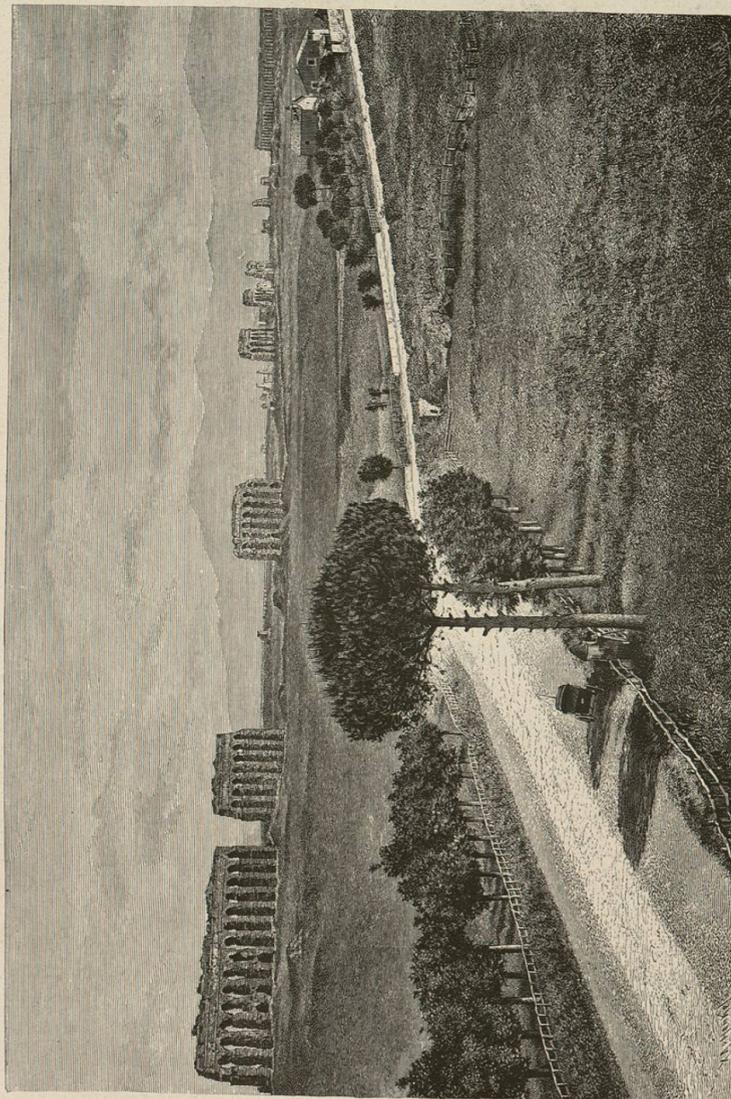
una guerra con Grecia, y mucho menos ver en Italia al temido príncipe moloso ni dentro de los muros de Tarento tropas griegas, procuraron ante todo arreglar del mejor modo posible el conflicto con esta última ciudad. Pero los caudillos de su demos, que hartos sabían ó sospechaban que los romanos no habían de renunciar nunca á la venganza de tales ultrajes y que todo lo mas que harían sería aplazarla, no aceptaron el acomodamiento que el Senado les ofrecía é insultaron brutal é ignominiosamente á los emisarios romanos. Ya vimos en otra ocasión que el rey Pirro, una vez vencidas todas las dificultades que en la península de los Balkanes se habían suscitado, salió de Ambracia y se dirigió, al comenzar la primavera de 280, á Tarento con 20,000 soldados griegos escogidos, 2,500 de infantería ligera, 3,000 caballos y 20 elefantes, y que durante el otoño del año anterior su general Milon se había apoderado con 3,000 hombres del castillo de Tarento y libertado á los tarentinos del estrecho asedio que les habían puesto las tropas romanas.

II.—PIRRO EN FAVOR DE LOS TARENTINOS. PIRRO VENCEDOR EN SIRIS. PERSEVERANCIA DE LOS ROMANOS. APIO CLAUDIO

Los romanos, al tener noticia de la llegada de Pirro, se vieron en grande apuro, á pesar de que su ciudad contaba con fuerzas suficientes, su ejército estaba bien instruido y su pueblo era numeroso. Se calcula que el pueblo romano, que en 338 contaba con 165,000 ciudadanos, tenía ya probablemente cuando estalló esta nueva guerra, hasta 250,000; pero una parte importante de los *ciudadanos pasivos*, 50,000 por lo menos, inspiraba muy poca confianza. La táctica y el modo de combatir de Pirro, del general mas grande de aquellos tiempos, no era todavía conocida en Roma mas que por las relaciones de los extranjeros, y no debía perderse tampoco de vista la inclinación de muchas tribus á separarse de Roma, á la primera derrota que sufrieran las armas romanas. Sin embargo, los romanos no se descorazonaron: mientras el Senado, por un lado, vigilaba con gran energía y severidad todo movimiento sospechoso y lo sofocaba violentamente en caso necesario, se hacían, por otro, grandes preparativos, se reunía en la capital un fuerte ejército de reserva, y se enviaba á uno de los cónsules del año á Etruria con el ejército consular de costumbre, es decir con dos legiones y con un contingente proporcionado de tropas aliadas, principalmente latinas, que se elevaba probablemente á 20,000 hombres. Ordenóse al propio tiempo al cónsul del año anterior, Emilio Bárbara, que se encontraba en Apulia, que dejase el paso libre al nuevo ejército del cónsul Publio Valerio Levino que debía juntarse con las tropas de aquél y dirigirse despues contra Pirro.

Este, por su parte, había comprendido una parte de las enormes dificultades que consigo traía su empresa, la verdadera naturaleza y la poca aptitud de sus aliados tarentinos para la guerra, como también la opinión de la mayoría de los sabelios, que querían esperar el éxito de las primeras operaciones antes de comprometerse de nuevo seriamente contra Roma. Cuando por fin el rey salió de Tarento, las fuerzas del general Levino se hallaban ya reunidas en Lucania: el cónsul, además, se había apoderado de Locri y de Reggio, de ésta por medio de los campanios romanizados mandados por Decio Jubelio, y se acercaba ya al golfo de Metaponto. Por fin se encontraron los dos ejércitos enemigos junto al río Siris (Seno), en las cercanías de Heraclea: solo la corriente del río les separaba.

Pirro, á cuyas órdenes iban 35,000 hombres, y que sabía proteger á los pueblos con su espada, comprendió en breve por el modo como los romanos estaban acampados y prestaban el servicio de centinelas, que en manera alguna debían ser



Restos de un acueducto romano en la Campania

considerados como bárbaros en lo referente á la guerra. Levino fué quien comenzó el ataque, queriendo aprovecharse de la ventaja que le daban el mayor número de sus fuerzas y el tomar la ofensiva; y con cuatro legiones y las tropas aliadas correspondientes, formando en conjunto un contingente de 40,000 hombres, atravesó el Siris y tuvo la suerte de que en la primera batalla, librada en la mañana del día crítico, la caballería itálica derrotó por completo, contra todo lo que era de esperar, á la excelente caballería del rey. La táctica de las legiones, formadas en órden de batalla, y junto á las cuales sobre las alas, se encontraban agrupadas las tropas aliadas, compuestas de 24 cohortes ó batallones con 420 hombres cada una, entró entonces en competencia con la táctica de Alejandro y de los diadocos, y aun en esta ocasion la falange de sarisas desempeñó un papel mas importante que en los tiempos del gran maestro de la guerra. El choque fué terrible; á los romanos les faltó el apoyo de sus pilos; el furor del ataque de las sarisas fué irresistible; las falanges del rey, protegidas en sus flancos por otras tropas, segaban, por decirlo así, las filas de los manipulos, de tal suerte que hasta un ejército de diadocos hubiera perecido ante semejante choque. Pero entonces se vió que por un lado el bravo Levino era un hombre distinto de los tribunos consulares de las orillas del Alia, y que, por otro, la nueva táctica de los romanos, con sus reservas, podia resistir con éxito á todo el arte de guerra griego. Levino, á pesar de conocer perfectamente el lado desventajoso de la táctica de las falanges, no se hallaba en estado de seguir, despues de la primera prueba, la conducta que posteriormente siguieron Flaminio y Paulo Emilio, pues Pirro en nada se parecía, como general, á los dos últimos Antigónidas. Pero, en cambio, no solo logró con ayuda de la táctica que tan excelentes resultados habia producido, evitar á su ejército el peligro de una rápida desbandada, sino que supo aprovecharse de los restos de su ejército para intentar hasta seis ataques contra las filas del ejército griego. Por fin despues de muchas horas de lucha se decidió el combate. Levino quiso tentar el último ataque que debia ser protegido en los flancos por la caballería itálica. Entonces Pirro soltó sobre esta los elefantes, cuya inesperada acometida introdujo el desórden entre los romanos, los cuales desesperados, espantados, destrozados y perseguidos por la excelente caballería tesálica, que se habia ya repuesto del primer ataque, buscaron su salvacion en las legiones. Pero como en un abrir y cerrar de ojos se precipitaron sobre una de las alas de la infantería romana la caballería itálica, la tesálica y los elefantes, las legiones se vieron en una situacion desesperada que se empeoró todavia cuando las atacó la infantería epirota. Levino, al caer el día, hubo de atravesar de nuevo el Siris, y refugiarse en su campamento, despues de haber sufrido considerables pérdidas. Pirro habia obtenido una brillante victoria.

El audaz vencedor hubo de convencerse desde luego de que los romanos, tales como él los conocia, eran unos enemigos de distinta índole que los diadocos y los epigones, y de que en el suelo itálico no bastaba una batalla para ganar terreno, bajo el punto de vista político, como acontecia entre el Adriático y los jardines del Iran. Ciertamente Levino habia perdido quince mil hombres, entre ellos 7,000 muertos, pero en cambio los 4,000 soldados de Pirro que perecieron en el campo de batalla, eran sus mejores veteranos, y entre ellos los mas bravos oficiales á quienes no podia reemplazar; al paso que los romanos podian enviar al teatro de la guerra incesantemente numerosas masas de soldados y material de guerra. Por lo que de ellos vió é investigó Pirro, que sabia apreciar debidamente su aptitud y sus condiciones, sintió cierta pena de tener por adversarios á tales hombres; pero,

naturalmente, ni esto ni la sincera admiracion que por los de Roma sentia, le impidieron sacar todo el provecho posible de su victoria.

Ante todo procuró destruir el poder de los romanos en la Baja Italia: la inesperada noticia de la batalla del Siris indujo á los griegos del Brucio á separarse abierta é inmediatamente de Roma y á abrazar la causa de los epirotas. La guarnicion campania de Reggio promovió un infame motin, asesiné á todos los hombres, apoderóse de las mujeres y de la ciudad, siguiendo el ejemplo que sus compatriotas, los mamertinos, habian dado en Messana, y constituyó un verdadero Estado de bandidos, que se alió con aquellos. Al poco tiempo, estalló tambien la revolucion de los cantones sabelios que desde el Brucio se extendian hasta el Norte del Samnio.

Pirro creyó entonces poder obligar á los romanos á firmar una paz honrosa, y con este objeto envió á Roma á su gran ministro, el tesalio Cineas, que tanta fama se habia conquistado como negociador, exigiendo de los romanos para los italiotas libertad completa y seguridad de su autonomia, y para los sabelios la conservacion de Venusia y Luceria. El emisario encontró en Roma una voluntad inquebrantable, y los nuevos preparativos para la lucha muy adelantados; pero el hábil diplomático halló medio de influir en su favor en el ánimo de los orgullosos senadores romanos, á quienes con sinceridad admiraba. En el Senado, la mayoría se fué poco á poco inclinando del lado de aquellos que se hallaban dispuestos, esperando á que Pirro fuera llamado á otra parte, á evacuar por el pronto á Venusia, Luceria, y aun Nápoles, que podrian ser reconquistadas en mejor ocasion. En situacion tan crítica, hizose conducir ante el Senado el antiguo censor Apio Claudio, anciano y ciego, y pronunció una arenga que resonó como voz de la conciencia de aquel pueblo de soldados; y en ella, á la par que expuso con claro juicio la situacion general de los tiempos y en especial la de Pirro, con ardiente elocuencia, ajustada al orgullo romano y al modo de ser de su Estado, destruyó todos los planes de sumision, y proclamó como ley fundamental y prototípica para el porvenir la siguiente frase: «Roma no trata con ningun enemigo, ni aun con el rey Pirro,» mientras las tropas hostiles permanezcan en suelo romano. El Senado se decidió en este sentido, y Cineas hubo de salir inmediatamente de Roma.

III.—CAMPAÑAS DE PIRRO. VICTORIA DE LOS ROMANOS EN BENEVENTO

En vano Pirro, que se encontraba en la Campania, se apoderó de Fregele y llegó hasta Anagnia, ciudad del territorio de los hérnicos, que solo distaba ocho millas de Roma. Pronto reconoció el rey epirota que los romanos, de cuyos aliados de la Italia central ninguno se pasó voluntariamente á él, no podrian ser vencidos en territorios que les eran verdaderamente propios, y que tendria, segun él decia, que habérselas «con la misma Hidra.» Cuando recibió la noticia de que la astuta diplomacia de los romanos habia conseguido que los etruscos firmasen, bajo buenas condiciones, una paz definitiva que les unia en formas libres y honrosas, y no por la presion, con la alianza romana, en que habian vivido durante tantos años las ciudades rasenas, decidióse á marchar rápidamente sobre la Campania meridional.

La situacion del atrevido rey se hacia cada vez mas desventajosa. Ya hemos visto en otra ocasion que en 273 comenzó á extenderse por la peninsula de los Balkanes aquella temible invasion celta que libró durante mucho tiempo á los romanos de un gran peligro, y que tanto dificultó la restauracion de la influencia de Pirro en Grecia. Además, habia visto claramente cuán desesperada era la situacion política